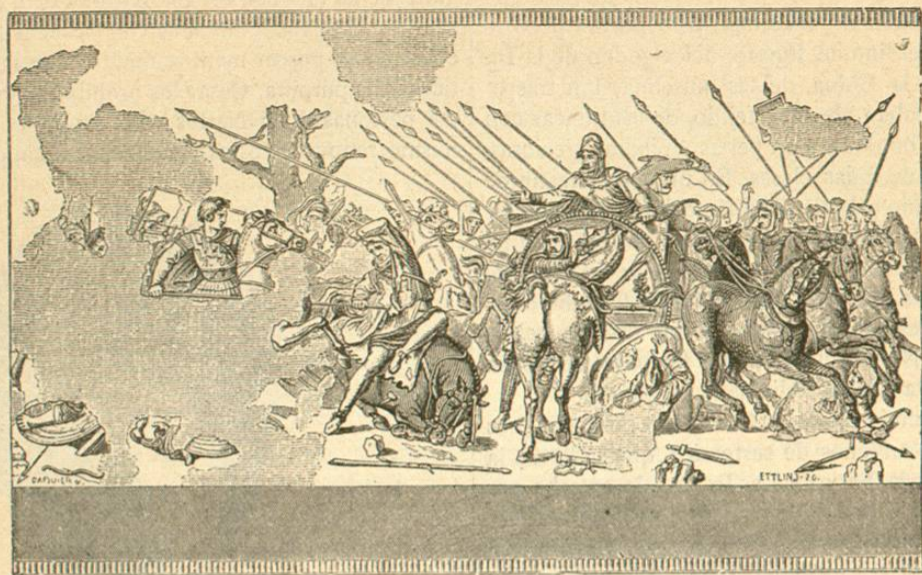


de recreo, y tanto más pronto, cuanto que ningún país del mundo se presta más á ello por su dulce clima y sus pintorescos sitios, bien á orillas de sus dos mares y numerosos lagos, bien á la falda de sus montañas, que conservaban bajo un sol ardiente sus centenarios bosques y sus fuentes alimentadas por las nieves del invierno.

A estas bellezas naturales añadían sus encantos las artes de la Grecia: los mármoles más variados, el estuco, el cristal, el bronce, follaje de oro y plata, elegantes pinturas y

finos arabescos que Rafael no se desdendió de imitar, adornaban paredes y techos (1), y para que la vista se fijara en todo con agrado, hasta los pavimentos estaban cuajados de mosaicos, que eran á veces magníficas composiciones, como por ejemplo, la batalla de Darío y Alejandro encontrada en Pompeya en la casa del Fauno y cuyas figuras son casi del tamaño natural. En el interior, columnas de mármol de Numidia y Eubea, que en el siglo siguiente será reemplazado por el pórfido de Egipto, sostenían pórticos en



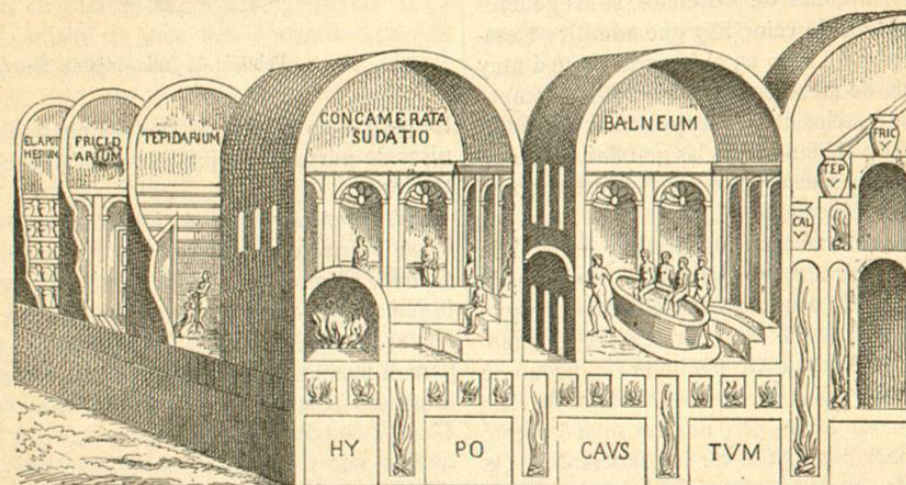
Batalla de Darío y Alejandro (Mosaico de Pompeya)

que circulaba el aire libremente, defendiendo del sol en el estío, y ofreciendo abrigo en el invierno. A cada paso se encontraba una estatua, un vaso precioso, un objeto de arte, ricos tapices.

Muchas piezas de la casa estaban adornadas con particular esmero: el *atrio*, donde se colocaban los dioses lares,

las imágenes de los mayores y plantas aromáticas que purificaban la atmósfera; cerca del atrio, el *tablinum* ó *tabulinum* y el *exedra* para recibir las visitas; más lejos el *triclinium* para los convidados; en sitio más apartado, la habitación de las mujeres; en otro la de los esclavos.

Los patios estaban refrescados por saltos de agua que



Interior de unas termas (2)

recibían tazas de mármol adornadas de flores, artísticamente labradas, y cuando el espacio lo permitía algún bello plátano de lisa corteza bien lavada, esbelto y frondoso, cernía allí su poética sombra. El patio de los españoles recuerda este gusto encantador.

Dos cuerpos de edificio no faltaban nunca á una habitación completa: la biblioteca, que era pequeña, aunque toda aquella gente fuera letrada ó quisiera parecerlo; las

(1) Los mármoles más preciados en tiempo de Marcial eran los de Cariste en Eubea, de Laconia, de Sinnada en Frigia y de Numidia.

termas, construcción complicada y dispendiosa, donde se pasaba por todas las temperaturas en medio de perfumados vapores, y que terminaba en una palestra, á fin de que los ejercicios devolvieran á los miembros la flexibilidad y la fuerza. En la higiene de los romanos, el baño con todos sus accesorios figuraba en primer lugar, y no pasaba día en claro, es decir sin tomarlos.

Con todo eso, y á pesar de sus dimensiones y lujo, estas

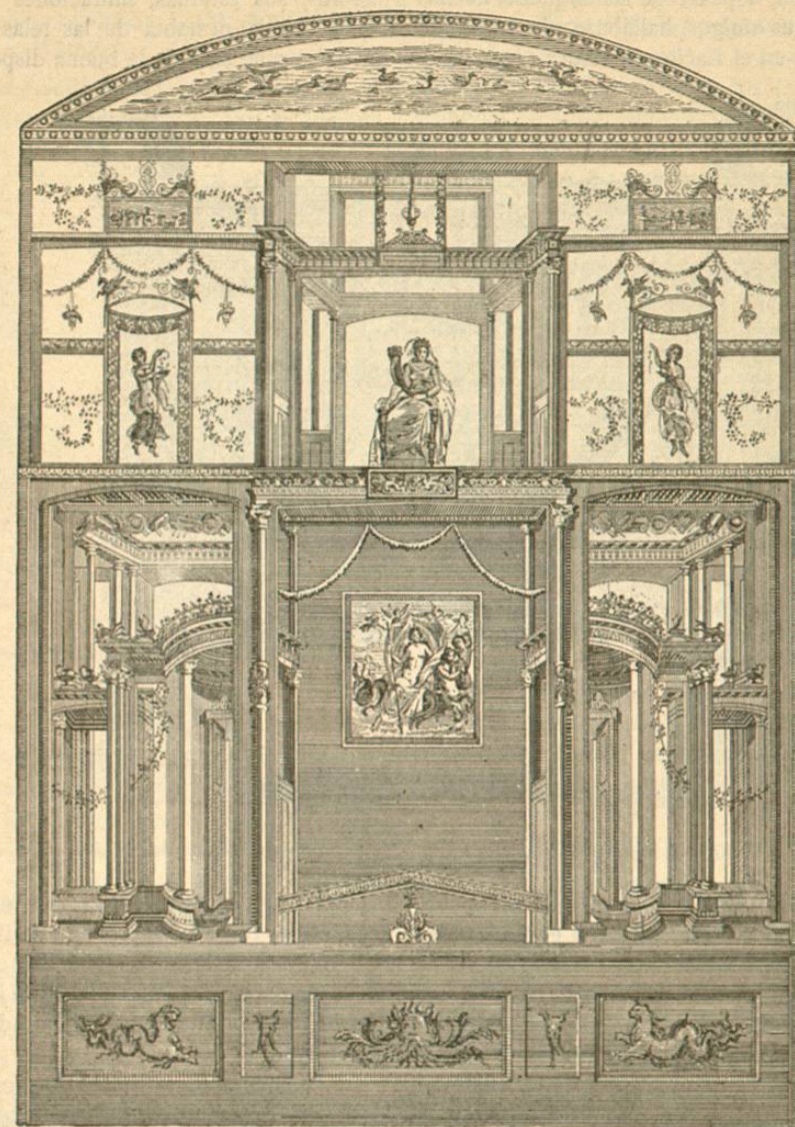
(2) Restauración hecha en tiempo del renacimiento bajo la dirección de un arquitecto, como figura teórica de los antiguos baños.

habitaciones estaban siempre dispuestas más bien para ostentación que para la comodidad de la vida interior. Cifrábase en la riqueza el orgullo que antes se fundara en los consulados y se buscaba el aplauso en las construcciones, no pudiendo ya obtenerlo por los triunfos. La aristocracia del dinero había sucedido á la aristocracia de la sangre.

Las ciudades provinciales imitaron á Roma, construyendo cada una, según sus recursos, templos, teatros, anfiteatros, termas, basílicas y curias. Se tomaba de Roma hasta el nombre de sus calles: Antioquía de Pisidia tenía

un Velabro y un barrio Toscano; Lyon y la ciudad de los maciacos tenían su Vaticano; Tolosa y Cirta, su Capitolio, nombre que lleva aún la casa de la ciudad, poco romana por cierto, de la reina del Languedoc. Muchas ciudades tenían, como la capital, facciones del circo y distribuciones de trigo, y sus ricos ciudadanos poseyeron también, como los senadores romanos, casa en la ciudad y *villa* ó casa de campo, y no una sola algunos, sino muchas quintas, á fin de poder cambiar de clima, estando siempre á sus anchas.

Desde entonces no hubo ya un lago ni un venero termal,



Ornamento de sala, según una pintura de Pompeya

ni una colina bien orientada por la vista ó por el sol, que no tuviera su *villa*, y en caso de necesidad se obligaba á la naturaleza á ceder al gusto del propietario. Un riachuelo pasaba por donde antes se alzaba un otero; rocas antes descarnadas aparecían ahora revestidas de viñedos; se edificaba dentro del mar para tener viveros y baños naturales «y el mar retrocedía ante las pesadas moles.» Todavía se ven en Ancio restos de aquellas construcciones submarinas.

Sin las mareas de la Mancha, que no hay en las costas de Ancio ni de Puzolo, nuestro mar normando tendría muy luego que retroceder también ante construcciones de recreo y los retóricos modernos no encontrarían allí un tema de declamaciones filosóficas.

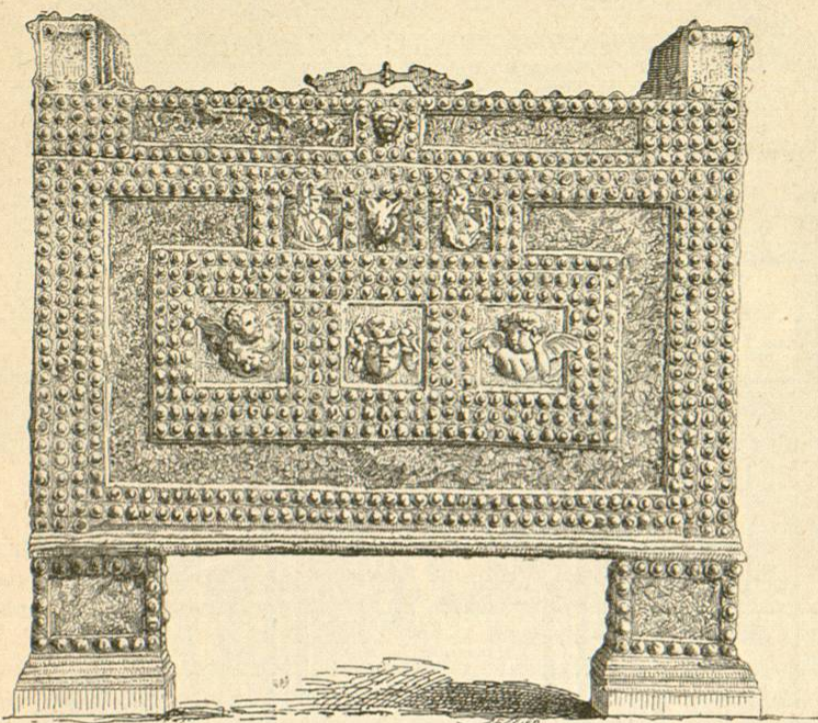
Algunas de aquellas moradas eran considerables: Séneca

la compara con ciudades (1). Sin embargo, todo lo que conocemos de la antigüedad romana nos hace creer que la mayor parte de las habitaciones eran pequeñas y de escaso valor. «En Sora, en Fabrateria, en Frosinona, dice Juvenal, tendrás una bella casa por el alquiler de un tabuco en Roma.»

En Pompeya, que tenía ricos ciudadanos, apenas se encuentran dos ó tres habitaciones considerables: las casas son pequeñas, los aposentos bajos y sin luz; de tal modo

(1) *Domos instar urbium* (Séneca, *Epist.* 90). Tácito habla también en algún lugar de los *villarum infinita spatia*. Estas exageraciones son tan usuales en la escuela que un traductor de Marcial vierte *non unius balnea solus habes* de esta gallarda manera: «Posees baños que podrían servir á todo un pueblo.» La retórica moderna, superando la antigua, ha alterado el carácter de la historia romana.

que nuestras familias de obreros rehusarían alojarse en ellas; y por sus angostas calles á cada paso cortadas por piedras de acera, no podían circular más que literas ó carros de mano. En Atenas, los cimientos de las casas antiguas son más pequeños aún, y la habitación de Livia en el Palatino, no se parece en nada á la mansión de una emperatriz. Plinio era rico: poseía villas á las puertas de Roma, en Toscana, en el Beneventino, y cerca de Como; una sola de sus tierras estaba arrendada en más de 400.000 sesteracios. Tenía además, según decía él mismo, algún dinero en el comercio. Así, á pesar de las larguezas hechas á su ciudad natal y á sus amigos, hallábase aún en estado de adquirir unos bienes en el Lacio por valor de tres millo-



Arca de hierro para caudales encontrada en Pompeya (Museo de Nápoles)

tos con vista al mar y á las montañas, donde se encuentra el sol en el otoño y el fresco en el verano y en todo tiempo la tranquilidad y el silencio.

Diráse pues: era un sabio. Sin duda; pero también un hombre semejante á muchos otros, que gozaba honradamente sus bienes, sabía hacer buen uso de ellos y desdeñaba los vulgares placeres de los pródigos, cuyo reinado, por otra parte, había ya pasado. Ya veremos cómo entonces pensaban y vivían muchos como Plinio.

Si se compararan aquellas casas con los palacios de nuestros industriales enriquecidos, se encontraría en éstos menos gusto probablemente, pero más lujo; y hay casas señoriales en Inglaterra con las que no podría compararse nunca la más magnífica y suntuosa de las villas romanas, por su extensión ni por su riqueza en obras de arte, en muebles preciosos, en argentería y plantas raras. También se han hecho en Inglaterra grandes esfuerzos para sacar partido del suelo y arrostrar el clima. En lo que atañe á los placeres y dulzuras de la vida, cierto que recibimos las lecciones de Roma; pero ¡cuánto no han superado á sus maestros los discípulos (1)!

Lo mismo hay que decir de la manía de los caballos:

(1) Un economista ha calculado que diez mil familias inglesas poseen á lo menos por valor de 500 libras esterlinas de argentería, y ciento cincuenta mil por valor de 100. Los romanos tenían mucho menos. En Pompeya hasta 1837 no se habían descubierto en las exca-

nes de sesteracios. Tenía, en fin, una mujer joven á quien amaba; era comensal del príncipe, y pertenecía por su clase, sus relaciones y su riqueza á la más alta sociedad romana: debía pues hacer en su casa la grande existencia de uno de los principales del imperio.

Ahora bien, Plinio nos ha dejado minuciosa descripción de sus dos villas, la del Laurentino á orillas de la mar, y la del Tíberno en el alto valle del Tíber. Todo se encuentra en ellas para la comodidad, nada para el lujo, á no ser el de la naturaleza. No enumera sus bronceos corintios, sus cuadros, sus estatuas, imitaciones de las obras maestras de la Grecia; ni habla de las telas preciosas y adornos de Calpurnia; sino de la buena disposición de los aposen-

algunos fueron tan célebres en Roma como nuestros vencedores de Longchamp, y se vendían igualmente caros. Calígula quiso engalanar su caballo *Incitatus* con las insignias consulares, y la popularidad de Marcial en sus mejores días de favor público quedó eclipsada por la del corcel de Andremón.

Las locuras de nuestros hipódromos corren parejas con las del circo romano, y todavía las superan porque las apuestas son más numerosas y fuertes en Longchamp y en Epsom que lo fueron jamás en Roma ó en Antioquía. En la Pulla, la Calabria, Sicilia y Capadocia, se destinaban muchos y vastos prados á la cría de caballos, producto que se colocaba siempre bien, porque viajeros y negociantes, los ricos y los que ansiaban llegar á serlo, que no eran pocos, todos necesitaban caballos para su recreo ó para sus negocios.

Los caballos obtenidos del cruzamiento de la raza española y la africana tenían entonces mucha estimación pasando por los mejores del imperio, y los marchantes de Antioquía los compraban á subido precio á orillas del Tajo y del Guadalquivir. Nosotros los hacemos venir del Nedjed, que está más lejos y es más difícil.

Hacíase la genealogía de los héroes del circo; pero nos-

vaciones más que un centenar de objetos de plata (Becker, *Gallus*, II, 322). Verdad es que muchos habitantes hubieron de volver por lo más precioso que tenían.

otros también tenemos el *Stud-book* bajo la vigilancia del gobierno. Prescindiendo de los apostadores y de los elegantes para los que el estadio no es sino un campo de maniobras, estamos en que nuestros ciento veinte hipódromos constituyen una institución utilísima. ¿Por qué se ha de vituperar tan vivamente en los antiguos lo mismo que aprobamos entre nosotros?

Condenamos por una y otra parte los excesos, los escándalos, el dinero inútilmente gastado; pero aceptamos lo demás.

III.—LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS Y LAS FORTUNAS PEQUEÑAS

En una cosa somos felizmente inferiores á los antiguos: tenemos pocos sirvientes, mientras ellos tenían muchos.



Herrero



Herrero

Así, la mujer de Apuleyo, cuyo caudal no era cosa extraordinaria (4 millones de sesteracios), poseía bastantes para poder hacer á los hijos de su primer matrimonio un regalo nupcial de 400 esclavos (1).

Los varios servicios de la casa y á menudo los de la quinta corrían á cargo de los esclavos. Pero habiendo ampliado la industria la esfera del trabajo y habiéndose también multiplicado los medios de adquirir en razón de las necesidades que se habían producido, los propietarios de esclavos creyeron ventajoso interesarlos en aumentar el rendimiento de la tierra y en hacer competencia á los operarios libres. De aquí aquellos colonos que tenían derecho á una parte de las cosechas, y aquellos esclavos metidos en los negocios de industria y de comercio á medias con sus amos. Los peculios reunidos en estos trabajos determinaban muchas emancipaciones, y como los libertos eran los más inteligentes de los esclavos, muchos de ellos llegaban de la libertad al bienestar, y algunos del bienestar á la fortuna.

(1) Este número revela que eran esclavos de poco valor. Jenofonte ponía un esclavo ordinario á mina y media ó dos minas (unos 150 frs.). Los soldados romanos fueron rescatados por los aqueos á razón de cinco minas (unos 460 frs.) y Papiniano, en tiempo de Sept. Severo, estableció el precio corriente de un esclavo á razón de veinte áureos. La indemnización concedida por Inglaterra en 1834, para la emancipación de los esclavos, fué por término medio de 635 francos. Francia á su vez dió en 1848 para la manumisión de los esclavos de la Martinica 425 francos, para los de Guadalupe 470, para los del Senegal 210, para los de Nossibé 70; por término medio general 530 francos. Estas indemnizaciones eran muy inferiores al precio corriente. Pero, como se ve, el precio de la carne humana en las dos épocas era poco más ó menos el mismo.

Cierto que no todos iban tan lejos como Narciso; pero muchos adquirirían bastante para formar en las ciudades una clase, cuya importancia hizo constar el fisco imponiéndole un tributo particular, el *vectigal artium*.

A las grandes fortunas correspondían las grandes tierras, otro de los asuntos de las declamaciones filosóficas. Los antiguos celebraban siempre las siete arpentas de Curio y de Fabricio y tenían razón sobrada: en el tiempo en que desde lo alto del Capitolio se veía la frontera enemiga, la medianía de las haciendas era la garantía de la libertad y un medio de salud. Pero cuando Roma vino á ser un mundo; cuando la clase de los pequeños cultivadores del Lacio se gastó en la guerra; cuando gracias á los lucros de la victoria y del pillaje, pudieron los caudillos adquirir vastos dominios; cuando desarrollados á la sombra de la paz, en el seno de aquel inmenso imperio, abrieron á la fortuna nuevas fuentes el comercio y la industria; entonces, hecha en breve tiempo la revolución económica, produjo perturbaciones políticas y sociales que dieron lugar á que patriotas y filósofos condenaran la riqueza en todas sus formas.

Plinio el Antiguo exclamó: «Las grandes propiedades (*latifundia*) han perdido á Italia y muy en breve habrán perdido también las provincias.»

Pero la agricultura italiana, que conocía ya la irrigación (2), procuraba en aquel tiempo apropiarse las conquistas agrícolas hechas en otros climas. Solamente los ricos tenían los medios necesarios para correr los riesgos y soportar los gastos de tales experimentos; de modo que la gran propiedad, mala en la época de las costumbres sencillas, y más tarde, consecuencia forzosa de la conquista del mundo, había acabado por venir á ser una necesidad en las nuevas condiciones sociales.

La agricultura francesa estaría en peligro si los beneficios de la industria no reconstituyeran entre nosotros la gran propiedad, á proporción que la destruye el código civil. Fuera de esto, se encuentra en este punto la exageración habitual. Séneca que de un lago hace un mar, no



Pintor de habitaciones

vacila en hacer de una alquería un reino. Ahora bien, las grandes propiedades no eran más numerosas que los grandes capitales. Los parques más vastos, con cerca de tapia, que conoció Varrón, tenían de 10 á 13 hectáreas de superficie, y se encuentran muchos, aun en Francia, más considerables. En Escocia, que desde hace un siglo, ha aumentado en un décuplo su riqueza, veintiséis propietarios poseen

(2) Virgilio habla de esto:
Claudite jam rivos, pueri, sat prata biberunt.